

Las cartas de Próspero Mérimée en relación con sus viajes a España

Jesús Cantera Ortiz de Urbina
Universidad Complutense de Madrid

De 1941 a 1964 fueron apareciendo los 17 volúmenes en los que se recoge la copiosa correspondencia de Próspero Mérimée. Los seis primeros volúmenes fueron publicados de 1941 a 1947 en París por la editorial Le Divan. Los once siguientes, de 1953 a 1964, en Toulouse por la editorial Privat.

Como es bien sabido, Mérimée es conocido en España, y también fuera de España, sobre todo por su novela *Carmen*. Una novela deliciosa cuyos derechos de edición fueron cedidos con harta premura por su autor acuciado por sus apuros económicos. Además de su indudable propio valor literario, esta novela cobró fama universal por la ópera *Carmen*, con libreto de Meilhac y Halévy, y música de Bizet.

Aunque no se le ha dado todo el valor que en realidad se le habría de dar, la correspondencia de Mérimée merece un lugar destacado en el capítulo del género epistolar. Y no cabe duda de que Mérimée es uno de los más brillantes epistológrafos del siglo XIX. Con poca razón ha escrito Maurice Tourneux que la correspondencia de Mérimée puede representar para el siglo XIX lo que fue la de Voltaire para el XVIII. Ambos merecen un lugar importante en el capítulo de los epistológrafos franceses en el que destacan figuras de la categoría de Mme de Sévigné, Mme de Maintenon, Voiture y Guez de Balzac, entre otras.

Es muy probable que, lo mismo que la mayoría de los epistológrafos de nombre universal de los tiempos modernos y contemporáneos, también Mérimée escribiera muchas de sus cartas con el presentimiento de que podrían ser publicadas. De ahí ese esmero en expresarse con una cierta elegancia no reñida con una aparente espontaneidad.

En este nuestro comentario acerca de la correspondencia de Mérimée hemos fijado nuestra atención tan sólo en aquellos pasajes de sus cartas que ofrecen algún interés para conocer su visión de la España de los años 30 hasta

mediados de los años 60 del siglo XIX. Sus repetidas estancias y el contacto con sus habitantes, le permitieron adquirir un buen conocimiento de la España de aquella época. Una visión de la España de mediados del siglo XIX ofrecida por un gran escritor francés junto con no pocas pinceladas que nos pueden revelar el alma o la personalidad de su autor.

El estudio de las cartas que, en mayor o menor número nos han dejado algunos autores suele ofrecer datos a veces muy reveladores de la personalidad del autor. Unos datos que bien merecen la pena ser tenidos en cuenta para mejor conocer su obra literaria.

Como se indica en el título de este estudio, de la muy abundante correspondencia de Mérimée tan sólo nos fijaremos en las cartas escritas durante sus estancias en España, aunque alguna vez hagamos también referencia a otras escritas desde Francia, pero en relación con alguno de sus viajes a España. Y lo haremos basándonos una y otra vez en el magnífico libro de Gabino Ramos González¹.

Cabría empezar el estudio fijando nuestra atención en quiénes son los destinatarios de esta correspondencia de Mérimée. Muchas de sus cartas están dirigidas a la Sra. de Montijo, su gran confidente y también, en algunos casos, su consejera. En su carta de 29 de noviembre de 1840 a F. de Saulcy le dice que la Sra. de Montijo es una de las mujeres más amables que conoce, y afirma que es la amiga más segura y más abnegada, haciendo notar que es una mujer inteligente, una mujer —viene a decir, aunque de forma indirecta— de la que no se es ni se puede ser amante.

Otro de sus correspondientes españoles es Estébanez Calderón, con quien mantuvo una amistad cuya importancia nos ha sido revelada gracias a la publicación de la correspondencia de Mérimée.

Interesante la carta de 12 de noviembre de 1859 a Víctor Cousin en la que le da cuenta de las muchas cartas que ha podido ver, aunque amontonadas sin orden alguno, en la biblioteca de la Academia de la Historia. El interés de Mérimée se revela asimismo en su carta de 10 de octubre de 1859 (durante su sexto viaje a España), a León de Laborde, en la que le acusa recibo de un paquete con las pruebas de *Correspondance de Napoléon I^{er}*.

No falta incluso alguna carta a la misma emperatriz Eugenia: 13 de octubre de 1864, desde Carabanchel.

Varias son las cartas que, con ocasión de su próximo cuarto viaje a España (en 1846), escribe a su tocayo Próspero de Bofarull. No deja de señalar esa feliz circunstancia de ser tocayos, cosa poco frecuente para quienes se llaman “Próspero”, y que él aprovecha para granjearse la benevolencia de Bofarull con miras a sus proyectos de investigaciones históricas en Barcelona.

¹ *Viajes a España. Prosper Mérimée*. Traducción, notas y cronología de Gabino Ramos González. Aguilar, Madrid, 1988, 430 páginas.

Entre las personas a las que escribe Mérimée figura Fanny Lagden; y en algunas ocasiones también Jenny Dacquín. Así a una como a la otra les habla con frecuencia del tiempo que hace, observándose que no lleva nada bien el frío que tiene que pasar en algunas de sus estancias en España.

En sus cartas a Enrique Beyle y a Luis de Saussaye se revela un Mérimée que disfruta con los comentarios relacionados con temas y noticias de un elevado tono verde picante. No vale la pena entrar aquí en la discusión sobre si algunas de estas cartas son o no pornográficas. Aun admitiendo que no lo sean, no cabe la menor duda de que por lo menos rozan el mal gusto. En la carta a Enrique Beyle, de finales de diciembre de 1830, disfruta contándole a lo vivo y describiéndole de manera un tanto desvergonzada y con toda clase de detalles algunas de las peripecias –reales o imaginarias– de la noche de bodas de Fernando VII con su joven esposa la princesa María Josefa Amalia de Sajonia, quien, según escribe Mérimée en esa carta “ignoraba hasta las cosas más elementales de este mundo, y que conocen en España incluso las niñas de ocho años.” Mérimée no disimula su regocijo al conocer y comentar ciertas descripciones, algunas de muy mal gusto, basándose en comentarios, más o menos fidedignos, que corrían por ciertos círculos de Madrid.

En su carta del 6 de noviembre de 1853 (y también en la del 31 de octubre del mismo año) a Luis de Saussaye le cuenta la historia y las historietas de Maruja, desflorada por su profesor de piano Sebastián Iradier. Señalemos de paso la obsesión de Mérimée por los traseros voluminosos, aunque en algunas ocasiones parezca extasiarse ante talles finísimos, lamentando más adelante que aquellas chicas que había conocido tan esbeltas se pusieran muy gruesas después de unos años.

Incluso escribiendo a la condesa de Montijo (desde París el 27 de diciembre de 1845) se permite decirle que cree que las turgencias de la señorita Salvadora hacen que le parezcan tablas todas las mujeres de su tierra.

Poca delicadeza al hablar en varias ocasiones de la inmoderada debilidad de Isabel II ante los hombres y al comentar el sex-appeal de su hermana. Por ejemplo, en su carta a F. de Saulcy el 22 de noviembre de 1845.

La correspondencia, como decíamos más arriba, puede servir para mejor conocer a algunos escritores y para penetrar más profundamente en su manera de pensar, cosa fundamental para comprender algunas facetas de su producción literaria.

Muy curioso, por otra parte, el “catolicismo” de Mérimée. Una de sus cartas a la señora de la Rochejaquelein, la del 7 de noviembre de 1859, es muy reveladora a este respecto. La Sra. de la Rochejaquelein debía de ser de ideas conservadoras y tradicionales, como se deduce de otra carta un poco anterior, la del 22 de octubre de ese mismo año de 1859, cuando al hablar de los sentimientos por la guerra de Marruecos, escribe estas palabras: “los moderados e incluso los legitimistas, amigos de usted”. Unos días después de esa carta, el 7 de noviembre le escribe: “Soy más sensible de lo que podría

expresar a las plegarias que usted ha rezado. Es una prueba de afecto que me conmueve tanto más cuanto que me miman en ese aspecto. En cuanto a la oración que usted me aconseja que rece, la rezaré si eso le agrada a usted mucho, pero tan sólo por cumplir el encargo que usted me ha hecho. Si creyese en las oraciones, yo no se las dirigiría a la Virgen. No puedo imaginar a Dios como un soberano que concede favores a petición de sus allegados. El culto a la Virgen sería para mí una gran objeción contra el catolicismo, si no tuviera otras. Me parece lisa y llanamente una superstición y un sacrificio en aras de las ideas populares del paganismo. Le digo esto, aunque temo que la apene, porque me creo obligado a decirle la verdad sobre mí. Pienso muy a menudo en Dios, y en el otro mundo. A veces con esperanza. Otras, con muchas dudas. Dios me parece muy probable, y el comienzo del evangelio de San Juan no tiene nada que me repugne. En cuanto al otro mundo, me cuesta mucho más trabajo creer en él ...”

Es una pena no disponer de la contestación de la Sra. de la Rochejaquelein quien, estamos seguros, le daría razones que, aunque convincentes para otros, no lograrían convencerle ni siquiera satisfacerle a él que tan seguro pretendía mostrarse en algunas ideas.

Es curioso, sin embargo, que sólo cuatro días después escribe a Alfredo Arago diciéndole que en el Museo también él ha hecho una copia de “un cuadro de Velázquez que representa al Padre y al Hijo coronando a la Virgen, por encima de la cual se cierne el Espíritu Santo”. Es probable que lo hiciera como el que pinta un cuadro mitológico. Pero su comentario no deja de revelar una cierta simpática complacencia.

Como otros muchos escritores franceses del siglo XIX, Mérimée llega a España en busca de color local, de tipismo y de impresiones fuertes. Y lo mismo que ocurrió a otros varios viajeros en el siglo XIX y ha ocurrido en el XX, también a él le cautiva la España caballeresca y siente como un flechazo de enamoramiento por este pueblo que acaba de descubrir. En sus dos últimos viajes (1859 y 1864) se mostrará, sin embargo, a veces crítico. Criticará, por ejemplo, y muy duramente el brasero. Pero hay que tener en cuenta su estado de ánimo general en aquellos años, no por España ni por los españoles, sino porque su salud achacosa le tenía sumido en un estado de ánimo amargo y criticón. De todas maneras, incluso entonces se siente muy unido a España por un amor sincero y entrañable.

Nunca podremos olvidar cómo poco después de su cuarto viaje a España (1846), cuando a sus 43 años lee en el periódico *La Presse* unas cartas de Dumas con ciertos juicios que él considera poco favorables para España, se indigna y se llena de rabia incontentida, y así se lo manifiesta por carta a la Condesa de Montijo. Como muy bien dice el profesor Gabino Ramos González, “se indignaba como el más feroz carpetovetónico cuando los viajeros que visitaban España decían ligerezas, incongruencias y disparates sin tino”. Tal era el caso de Alejandro Dumas en la relación de su viaje *De Paris à Cadix*.

La imagen de una España exótica y romántica, llena de tipismo, crea no sólo en Francia sino en toda Europa un interés al que la novela *Carmen* contribuyó no poco junto con relatos de viajes como el de Gautier y el de Dumas entre otros y junto con las magníficas ilustraciones de Gustavo Doré para el *Quijote* y las que hizo para el relato de Davillier en el que éste describe su viaje por España.

En su carta de 25 de junio de 1830 a la Sra. Decazes, sólo unos días antes de venir a España por primera vez, le manifiesta su deseo de recorrerla y conocerla profundamente. Tanto debió disfrutar en ese primer viaje, que volvió otras seis veces, pasando aquí temporadas en ocasiones bastante largas.

Leídas con atención sus cartas, nos dan una visión bastante interesante de la España de mediados del siglo XIX y en especial de la sociedad madrileña y de las clases políticas.

No deja de ser digno de señalarse que en general captó una superioridad en el pueblo sobre ciertas clases elevadas, y principalmente sobre el mundo de los políticos, de los que dice que con harta frecuencia actúan más movidos por su interés particular que por el bien común.

El color local es lo que más despierta su interés: el atuendo y sobre todo la mantilla, esa mantilla que –según decía otro escritor francés– “lo cubre todo sin tapar nada”. Esa mantilla de la que decía Gautier que “una mujer ha de ser más fea que las tres virtudes teologales para no parecer guapa”². Y también muestra interés por los bailes típicos y las canciones; y las comidas; y los toros, la lotería, el brasero, y sobre todo ese espíritu caballeresco que imperaba en el pueblo.

Es testigo de la desaparición del “atuendo español”, progresivamente reemplazado por la manera de vestir “a la moda de París”, arrinconando la mantilla y haciendo un uso, a veces ridículo, del sombrero femenino. Recordemos asimismo que en su carta de 22 de noviembre de 1853, a Jenny Dacquin, durante su quinto viaje, le dice que las ligas clásicas están siendo rápidamente reemplazadas por los elásticos. Nos permitimos recordar a este respecto que la industria tan floreciente de ligas en Tembleque (Toledo) y Santa Cruz de Mudela (Ciudad Real), de las que hablan Gautier y Dumas, estaban conociendo por entonces sus últimos tiempos de esplendor.

Una de las cosas que más llama a atención a los escritores franceses del siglo XIX viajeros por tierras de España era esa costumbre tan arraigada en otro tiempo en nuestro pueblo de regalar lo que se alababa. Encontramos elocuentes testimonios en el *Voyage en Espagne* de Gautier; y lo encontramos de una manera muy curiosamente indicada, y con una cierta picardía, en la carta de Mérimée de 28 de noviembre de 1853 a Jenny Dacquin. Cuenta

² Resulta difícil entender esta imagen, tan poco acertada de Gautier, pues ni para él que, como él mismo dice repetidamente no tiene nada de espíritu volteriano, ni para nadie, nada tienen de feo ni la fe, ni la esperanza, ni la caridad, antes al contrario. Posiblemente, al escribirlo, sufrió una interferencia con la locución *laid comme les sept péchés capitaux*.

que en un banquete, hacía unos días, estuvo sentado al lado de la señora del presidente del Consejo de Ministros, de la que aclara que era tonta de capirote y muy gorda. Señala Mérimée que esta señora mostraba unos hombros muy bonitos sobre los que caía una guirnalda adornada con borlas metálicas y de cristal. Y añade que, no sabiendo de qué hablar, le alabó ambas cosas, contestándole ella que “todo estaba a su disposición”.

Aunque mucho menos que Gautier y que Davillier, también Mérimée muestra un cierto interés por el arte español y por nuestra cultura en general.

La comida española no le merece en general elogios ni siquiera cumplidos, salvo excepciones como el espléndido banquete que le ofrecieron en casa de Estébanez Calderón según él mismo comenta en su carta de 24 de octubre de 1864 a Fanny Lagden. No nos llama la atención pues es cosa bien sabida que las comidas en casa de Estébanez Calderón gozaban de merecida fama en el Madrid de aquellos años. Como dato curioso en relación con los garbanzos, recordaremos lo que escribe Mérimée a la Sra. de Montijo en su carta del 20 de diciembre de 1853 cuando le dice que en las Tullerías³ se come puchero de garbanzos. No hay que olvidar, a este respecto, que la emperatriz Eugenia María de Montijo de Guzmán, condesa de Teba (1826-1920) era española de nacimiento. No dejaremos de señalar de paso que bien valdría la pena escribir un artículo acerca del concepto que los garbanzos y el puchero o el cocido les merecieron a los escritores franceses del siglo XIX viajeros por España.

En cuanto al pan español, recordaremos esta frase en su carta desde Burdeos a la Sra. Childe el 2 de agosto de 1853: “Salgo mañana para Bayona y el 5 de septiembre pasaré el Bidasoa⁴ y comeré pan español, que merece la molestia de salir de nuestro país para saborearlo.”

En contraste con lo que dicen otros viajeros franceses respecto al chocolate español, Mérimée lo alaba. Recordaremos que Dumas, por ejemplo, en su *De Paris à Cadix* no llegaba a comprender el tamaño chico de las jícara en que se servía en España. Ignoraba sin duda aquello de “las cosas claras y el chocolate espeso”, o también aquello otro de “las cuentas claras y el chocolate espeso”, y no tenía presente que no todo consiste en la cantidad sino que también ha de contar la calidad; y en este caso concreto la concentración. Cabe recordar que ya en los primeros años del siglo XVII recogía Correas el refrán según el cual “el chocolate excelente, para poderse beber, tres cosas ha menester: espeso, dulce y caliente”.

³ Las Tullerías (en francés *Les Tuileries*) eran entonces la residencia de la familia imperial francesa, como lo habían sido de la casa real durante cierto tiempo.

⁴ Río que nace en Navarra y es conocido con el nombre de Baztán en su curso superior. Sirve luego de frontera entre España y Francia durante varios kilómetros. Cerca de Behovia en medio del río, se encuentra la isla de los Faisanes, en la que en 1659 fue firmado el tratado de los Pirineos por Mazarino en nombre de Francia y por Luis de Haro por parte española. Con este tratado se ponía fin a las hostilidades francoespañolas y se concertaba el matrimonio de Luis XIV con la infanta española María Teresa de Austria, hija de Felipe IV.

Mérimée fue uno de los escritores franceses que mejor llegaron a conocer nuestra lengua, gracias a sus repetidos viajes y a sus estancias a veces bastante prolongadas y con muchos contactos con españoles. En su correspondencia se da el caso de una carta a Manuel de Bofarull de fecha 26 de diciembre de 1846 redactada en español en toda su primera parte. Un español muy aceptable, aunque él mismo lo califica de “malo” cuando la continúa en francés.

El sonido de nuestra “jota”, sin embargo, parece que se le resiste, como les ocurre a otros compatriotas suyos. En su carta de 27 de noviembre de 1853 a Olga de Lagrené escribe: “Hay un gato llamado “Rebujo” (pronuncie *Rebucha*), que es la amabilidad misma. El sonido “jota” se les resiste a los escritores franceses del siglo XIX que viajan por España. Y así lo manifiestan una y otra vez en sus relatos. No dejaremos de hacer constar, sin embargo, que para nosotros el sonido de nuestra “jota” constituye una auténtica joya, un sonido que en español lo consideramos de origen germánico confirmado más tarde por la fonética árabe.

La correspondencia de Mérimée en relación con sus viajes a España revela el gran interés que tenía por conocer España: sus personajes, sus costumbres, sus creencias y su política.

Particular interés muestra por la figura del rey Pedro I. Gran parte de su tiempo en España lo dedica a consultar documentos en archivos y en bibliotecas, reconociendo lo difícil que le resulta a veces su lectura por algunas peculiaridades de la paleografía aragonesa y por su escaso conocimiento de la lengua catalana en la que estaban redactados algunos documentos. En Barcelona consigue ser bien acogido por su tocayo Próspero de Bofarull, a pesar de la mala experiencia que éste había tenido con otro francés, monsieur Tastu quien, a pesar de llegar recomendado por su gobierno, había cometido allí, como haría más tarde en Mallorca, auténticas tropelías en los archivos, llevándose incluso planchas de grabados de Morgen⁵, como refiere Mérimée desde Barcelona a su amigo Vitet en carta fechada el 18 de noviembre de 1846.

Son muy numerosas las referencias que en su correspondencia podemos encontrar acerca de su interés por la figura de Pedro I y a sus investigaciones en España a este respecto. Especialmente en cartas de sus viajes tercero (1845) y cuarto (1846).

Cabría preguntarse si sus muchas horas dedicadas a consultar documentos en archivos para mejor conocer la figura de Pedro I dieron su fruto en la publicación de algún estudio. Es una pregunta que de una manera un tanto malintencionada hemos visto formulada dando por supuesto que la contestación había de ser negativa. Por nuestra parte nos limitaremos a señalar que en 1847 la *Revue des deux mondes* empezó a publicar “L’Histoire de Don Pèdre

⁵ Muy probablemente el grabador italiano Rafael Morghen, o tal vez su padre Felipe Morghen, según aclara Gabino Ramos.

[sic] I^{er}”, y que en septiembre de 1864 se inició en el *Journal des Savants* una serie de artículos sobre “L’Histoire du règne de Pierre le Grand”. Tampoco olvidaremos que nuestra Academia de la Historia le otorgó el nombramiento de académico correspondiente.

Cuando en 1858 se descubre en Guarrazar (provincia de Toledo, cerca de Guadamur) el magnífico tesoro que lleva ese nombre de Guarrazar, no se muestra Mérimée insensible a ese hallazgo. Así lo revela, entre otros testimonios, su carta de fecha 5 de noviembre de 1859 a León de Laborde.

Durante sus estancias en España mantiene relaciones con gentes importantes y conoce de cerca figuras influyentes en la política española de aquellos años. Todo ello contribuye a avivar su interés por los acontecimientos políticos de la España de su tiempo como manifiestan no pocas de sus cartas. En general está bien informado, aunque en más de una ocasión es fácil descubrir la influencia de la persona o del círculo político que le ha suministrado la noticia.

La figura de Mendizábal parece despertar en él particular interés. En varias ocasiones recoge la noticia de que muchos manuscritos procedentes de conventos y de monasterios suprimidos por la excomunión habían sido recogidos en la Academia de la Historia. Por ejemplo, en su carta de fecha 8 de noviembre de 1853 a M. de Chergé. También señala Mérimée en su carta de fecha 15 de diciembre de 1846 a Jaubert de Passa que en librerías de viejo se encontraban asimismo no pocas obras sacadas de los conventos suprimidos.

No es insensible Mérimée a la muerte de este político de la desamortización y a su entierro. Haciéndose eco de lo que se comentaba en círculos afines a su política, dice que, a pesar de su pretendido enriquecimiento en la política, murió sin un céntimo (carta de fecha 6 de noviembre de 1853 a X.).

En esa misma carta también muestra interés por la figura de Espartero. La situación política de España en aquellos años es movida e inestable; y mucha gente parece vivir pendiente de la posibilidad de un pronunciamiento. Nuestro escritor, después de haber vivido hasta con no disimulada pasión los acontecimientos políticos así de España como de Francia, termina hastiado de tanta intriga y de tantas rivalidades. Todo ello contribuye a que lo mismo él que su gran amiga, confidente y anfitriona la Condesa de Montijo acaben evolucionando hacia unas posturas más conservadoras, completamente opuestas a su inicial liberalismo avanzado.

Las cartas de su sexto viaje (en 1859) revelan una y otra vez los sentimientos de ardor patriótico que se vivían por entonces en España con motivo de la guerra de Marruecos y por el anhelo de recuperar Gibraltar. Por tres veces habla Mérimée de la contribución del torero Cuchares con veinte cabezas de ganado bovino y cincuenta de ovino: carta a la princesa Matilde de 1 de noviembre de 1859; carta al canciller Pasquier el 5 de noviembre y carta a Eduardo Childe, hijo, el 6 de noviembre, naturalmente las tres del mismo año. No deja de aludir a la generosa contribución del Duque de Osuna. Y

hace especial hincapié en la valiosa y sobre todo entusiasta aportación de las Vascongadas con sus veinte millones de reales y sobre todo con sus dos regimientos de voluntarios.

Son numerosas las noticias que en sus cartas da Mérimée de la sociedad española que él conoció directamente, sobre todo la madrileña. Y también de extranjeros en España. Curiosos sus comentarios sobre la afición a la bebida del cónsul de Inglaterra en Barcelona (carta a Nitet desde Barcelona el 18 de noviembre de 1846). A Mérimée le encanta el chismorre, no sólo el político, sino también el “sentimental”. Son numerosas las alusiones a “aventurillas” de Isabel II, al pleito del Duque de Frías con su hermana la Duquesa de Uceda a causa de la herencia, a los problemas que planteó la “esposa” del ministro inglés Sir Crampton, declarando que nunca había sido su marido (carta a Fanny Laden el 24 de octubre de 1864), etc., etc.

Aunque sea con un cierto pesar, muy natural por otra parte, no deja de mencionar el saqueo de cuadros del museo del Prado por las tropas francesas. Por ejemplo en la carta que lleva por título “El Museo de Madrid”, en la serie de “Cartas dirigidas desde España al director de la *Revue de Paris*”. Sin embargo, en relación con los expolios llevados a cabo por el mariscal Soult, dice que dejó aquí muchas riquezas y que apenas se advierte la huella de su paso.

Como otros escritores franceses del siglo XIX, viajeros por España, el monasterio de San Lorenzo de El Escorial parece “escocerle” a su pesar de su “frialdad”. En su carta de 5 de octubre de 1853 a Jenny Dacquín desde El Escorial, es calificado este Real Sitio de “triste, a pesar de haber comenzado en él la civilización”; y su monasterio le merece el “piropo” de feo, y la arquitectura de Herrera los de “pesada” y “ridícula”. En mis muy frecuentes idas a la basílica de San Lorenzo de El Escorial cada vez me sorprende más la actitud de esos escritores ante este monumento, pues, a pesar de su frialdad y a pesar de los recuerdos y evocaciones de San Quintín que pueda traer a la memoria este monasterio de San Lorenzo de El Escorial, es incomprensible que no se den cuenta de que su estilo herreriano es el más se adapta a una mentalidad geométrica como la francesa.

Cuando se leen algunos de los relatos de estos escritores viajeros franceses del siglo XIX, cabría plantearse el problema de la credibilidad que se puede dar a sus informaciones. Principalmente por su conocimiento en algunos casos nada perfecto de la lengua española, lo cual impedía a algunos, en más de una ocasión, comprender con exactitud lo que oían.

En el caso de Mérimée, sin embargo, procede señalar que llegó a familiarizarse con el español. Pero hay además un detalle que avala la veracidad de sus informaciones. En su carta del 8 de octubre de 1830, desde Granada, a Sofía Duvaucel le habla de una terrible tormenta en Loja el día 1 de octubre de 1830. Según hace constar el profesor Gabino Ramos en una muy oportuna nota al respecto, él mismo pidió información al ayuntamiento de Loja y el encargado del Archivo Histórico, tras consultar el archivo, pudo

comprobar que en las “Actas del Cabildo” se hablaba, en efecto, de “una tormenta nunca vista en la ciudad” el día 1 de octubre de 1830.

Además de la correspondencia propiamente dicha, también se han de tener en cuenta sus “Cartas al director de la *Revue de Paris*”. En una de ellas, de fecha 15 de noviembre de 1830, relata detenidamente y en bonita forma literaria una ejecución que acababa de tener lugar en Valencia, dos decenios después de suprimida la Inquisición. Una ejecución, no por motivos religiosos ni por brujería, sino por un delito común. Realmente impresiona este relato; pero hay que reconocer que constituye un pasaje de elevado estilo literario.

No dejaremos de señalar algo que llama la atención en algunas cartas de Mérimée: el empleo de palabras y de expresiones en lengua extranjera: griego, ruso, inglés ... Podría ser un alarde de erudición y de conocimiento de idiomas; y así parece en algunos casos. Pero generalmente lo hace para disimular alusiones. Por ejemplo cuando escribe *la reine* para referirse a la reina y *Yvonne* para aludir a las cortesanas. Tal ocurre en su carta de 10 de noviembre de 1853 a Boissonade. Es curioso que en su carta de 20 de diciembre de 1853 a la Sra. de Montijo, emplea “Baviera” para referirse a Portugal después de haber empleado “Wurtemberg” por España.

Recordemos, para terminar, que Mérimée es conocido y celebrado por sus novelas *Carmen* (1845) y *Colomba* (1840). Y también por sus obras *Théâtre de Clara Gazul* (1825) (que enriqueció más tarde con *Carrosse du Saint Sacrement*) y *La Guzla ou Choix de poésies illyriques* (1827). Autor asimismo de *Chronique du règne de Charles IX* (1830), de *Mosaïque* (1833), de la *Vénus d'Ille* (1837), etc. Señalemos, sin embargo, que desde el punto de vista literario apenas se ha tenido en cuenta su valiosa correspondencia que le debía hacer acreedor de un puesto destacado entre los autores del género epistolar. No escribe, es cierto, la mayoría de sus cartas con una finalidad literaria. Pero, consciente o no de que podrían ser publicadas, cuida generalmente mucho el estilo; y lo hace con una cierta esperanza de que muy probablemente esas cartas serían algún día dadas a la luz pública.